



Algo más dijo Zanetti, cuando en eso entró...

las cuentas de su camándula... Fuchi con esas inmun-  
dicias...

Entonces pude contemplar á mi sabor al padre Robles. Era bajito, trigueño, humilde y pobre; vestía una capa verde, remendada, con flequillos en los vuelos. y una sotana vieja, raída y sin botones; el alzacuello era mugroso y estaba arrugado por el frotamiento continuo de una barba de quince días. No habló más, nada más dijo y se limitó á pasar con mayor prisa las cuentas de su rosario.

Doña Matiana entró en eso con un candelero de azófar con su correspondiente velón de sebo que á cada rato formaba un moco negro y apestoso que se amputaba con unas despabiladeras yacentes en una charola de metal amarillo.

Algo más dijo Zanetti, cuando en eso entró á la portería un hombre, el más galán y apuesto que yo hubiera visto nunca. Figuraos lo que sería para el príncipe Rodolfo topar con *Flor de María* en el más horrible de los cuchitriles de París, y tendréis idea de lo que yo sentí en



aquel rato inolvidable. La falta de saliva en la boca, el sudor frío, el desmazalamiento de todos los miembros y, sobre todo, el tintineo de oídos que equivalía al sonar de muchísimas campanitas que me anunciaran la proximidad del amado, cosas que había sentido otras veces, aunque nunca tan intensas como en ésta, me acometieron de manera de no poder contestar al saludo ceremonioso que hizo el recién llegado. Mientras no se sentó le ví rodeado de una como aureola que partiéndole de la cabeza le cubría todo el cuerpo á manera de crin inmensa, vaporosa y rubia.

Se sentó el sujeto extraordinario en una silla de paja de las del recibimiento, y cuando oí un tintineo de cadenas alcé el rostro para ver el de mi interlocutor. Era blanco y rubio, con una graciosa barbilla que tapaba el collarín del uniforme, que parecía de húsar francés.

— La señora, señor vizconde, es Mme. Jecker, condesa de Miravalles... el señor es el vizconde de Lapierre, compañero mío de hospedaje y de trabajos.

Tras esta presentación, el vizconde me habló con galantería exquisita, con galantería de hombre á un tiempo corrido y discreto, superior, y que sabía bajarse al nivel de los demás; sabedor de mi vida y de la de todos y dueño de una *mundología* tan completa y tan fina que no había más que pedir.

— Sí, señora, la conocía á usted, la conocía de fama y

de nombre. ¿Quién que haya estado en México, aunque sea poco tiempo, ignora que la bella Josefina Ubiarco ha sido una de las *lionás* de la moda, la heredera más linda y más rica y la dama más discreta y más desgraciada de México?

Tomé aquello como una galantería, pero á poco continuó Lapierre en el mismo tono:

— Mucho tiene que agradecerle á usted la causa de la intervención; usted fué quien marchó á Europa al arreglo de las dificultades pendientes; usted quien mediante pláticas con el Emperador y su esposa consiguió atraerles á sus ideas; usted, en fin, quien conquistó el ánimo del duque de Morny.

Asombrada me quedé de que alguien conociera tan bien esos asuntos, y Lapierre siguió refiriéndome pormenores de mi vida que sólo yo me imaginaba conocer.

— ¿Pero cómo sabe usted todo eso? ¿Es brujo, es zahorí, es adivino, tiene pacto con el diablo?

— Como se sabe todo cuando se tienen muchos amigos y mediana memoria...

— Pero con eso no basta; usted me refiere cosas que... vamos, no las sabe ninguna amiga mía.

— Me quitaré el disfraz de hechicero; aparte de mis buenas relaciones y de mi buena memoria, hay otro factor muy importante y que me ha ayudado para cuanto he querido y no he querido saber de usted: pertencí al Esta-

do Mayor del general Prim, y entonces la ví en compañía de la condesa; tomé informes acerca de quién era la bellísima mujer que acompañaba á la generala, y supe la historia y las desgracias de usted... Usted no me recuerda, como no recuerda la estrella al gusanillo que ha permanecido noches y más noches extasiado viendo brillar al ser celestial, delicia de los mundos...

Me reí porque no encontré otra manera de ocultar mi emoción, y dije tartamudeando:

— ¡Qué lisonjero... y qué... bien hablado!...

— ¡Lisonjero! Como si pudiera dirigir lisonjas la piedrecilla caída al pie del Mont Blanc, al gigante inmenso que no sabrá nunca que existe ese insignificante admirador de su grandeza...

— Viene usted con humor de hipérboles, dije temblorosa.

La vela de sebo iba en menguante y los Padres habían salido sin que les sintiéramos; la habitación estaba casi á oscuras.

— ¡Hipérboles, Dios mío! ¿qué hipérboles son menester para alabar ese talle, y esa tez, y esos ojos, y ese pelo, y esa boca, y ese cuerpo, y esos pies, y toda usted?

Sentí que estaba pálida, pálida como una muerta; y apenas pude exclamar, buscando nuevo giro á la conversación:

— ¡He padecido tanto!



— Debo de haberle visto con expresión de éxtasis...

— Ha padecido usted porque nunca ha sido amada... Quien se siente querido, siempre es dichoso... La felicidad consiste en amar y en que nos amen...

Como si hubiera dicho Lapierre cosas arcanas y que jamás hubiera llegado á saber, le ví asombrada y llena de gozo; mas no quería mostrar mi verdadero sentir y exclamé como desengañada:

— Amar... ya es tarde... Para amar se necesita haber sufrido menos desengaños de los que he sufrido yo... Busco no más un amigo, un amigo leal, abnegado y discreto que me quiera pura y noblemente, con afecto desinteresado y tranquilo... Siento que rebosa en mi alma el cariño; pero no para quien me mienta afecto, sino para quien busque en mí... un alma... gemela... un alma... hermana, dije recurriendo á un figurón cursi y rebuscado de que me había reído siempre.

El vizconde permaneció callado un poco y luego, poniéndose en pie, me dijo con brío:

— ¿Y no será excesiva presunción de mi parte, querer ser esa alma gemela de la suya, querer ser ese... ese doble de su personalidad?

Debo de haberle visto con expresión de éxtasis, porque él me cogió una mano y me la cubrió de besos.

En ese instante entró la portera que gritó jacarandosa:

—Por fin, ¿qué han arreglado?

— Que le dejo á la señora mis habitaciones.

— ¿Y usted?

— Me marchó con Zanetti, con el ordenanza, con cualquiera.

Y esa noche dormí en el cuarto que había habitado mi pobrecita Eugenia, para levantarme al día siguiente á ver alcaldes y regidores, señoras y floristas, poetas y generales, y para activarlo todo de manera que los del cortejo se lo encontraran ya listo y arreglado.



## CAPÍTULO II

### La entrada

**L**EGUÉ á Guadalupe á las nueve en punto, y poco después de mí se presentaron los tres obispos, Labastida, Munguía y Covarrubias; iban en un coche que por lo charolado y elegante denunciaba que apenas había salido de la fábrica. Poco después fueron llegando muchísimas gentes luciendo trajes charros. Allá desaparecieron entre nubes de polvo los alamares de las chaquetas, las botonaduras de los pantalones, el oro de los sombreros y los colores de las tilmas. Una sección de artillería mexicana se colocó á la izquierda de la iglesia; seis compañías de zuavos entraron al templo y permanecieron toda la mañana en posición de descansar las armas...

Al fin desembocaron dos coches en la plaza de la Villa;